

manantial

II-Segovia, Mayo 1928

Poesías

por Miguel de Unamuno

I

2	y	2	son	4
4	y	2	son	6
6	y	2	son	8
	y	8		16
	y	8		24
	y	8		32

ánimas benditas
me arrodillo yo

(Canción de rueda)

2 × 2 son 4
 3 × 2 son 6
 un soplo es la vida
 la que nos hacéis!

3 × 3 son 9
 2 × 5 son 10
 ¿volverá a la rueda
 la que fué niñez?



6 × 3 18

10 × 10 son 100

*Dios! no dura nada
nuestro pobre bien!*

∞ y 0

*la fuente y la mar,
cantemos la tabla
de multiplicar!*

2

S. JUAN, XIX,30

*«¡Queda cumplido!» suspiró y doblando
la cabeza, follaje nazareno
en las manos de Dios puso el espíritu,
lo dió a luz,
que así Cristo nació sobre la Cruz.*

*Y al nacer se soñaba a contratiempo
cuando, sobre un pesebre,
murió en Belén
allende todo mal y todo bien.*

MIGUEL DE UNAMUNO



Paisaje

Verano

Lagartija en la tapia. Fuente seca.
Cardo abrasado... Ceniza.
Vidrio ahumado...
Amapola en el tallo peludo.

—
Corre una estrella...
El grillo canta, oculto.
Y la arboleda dice
una frase, una sola. Y vuelve
a quedarse callada.

—
Asierra la cigarra
el silencio...

—
¿Luciérnaga o rocío?

—
Entre los tallos del rosal, la víbora.....

MANUEL MACHADO

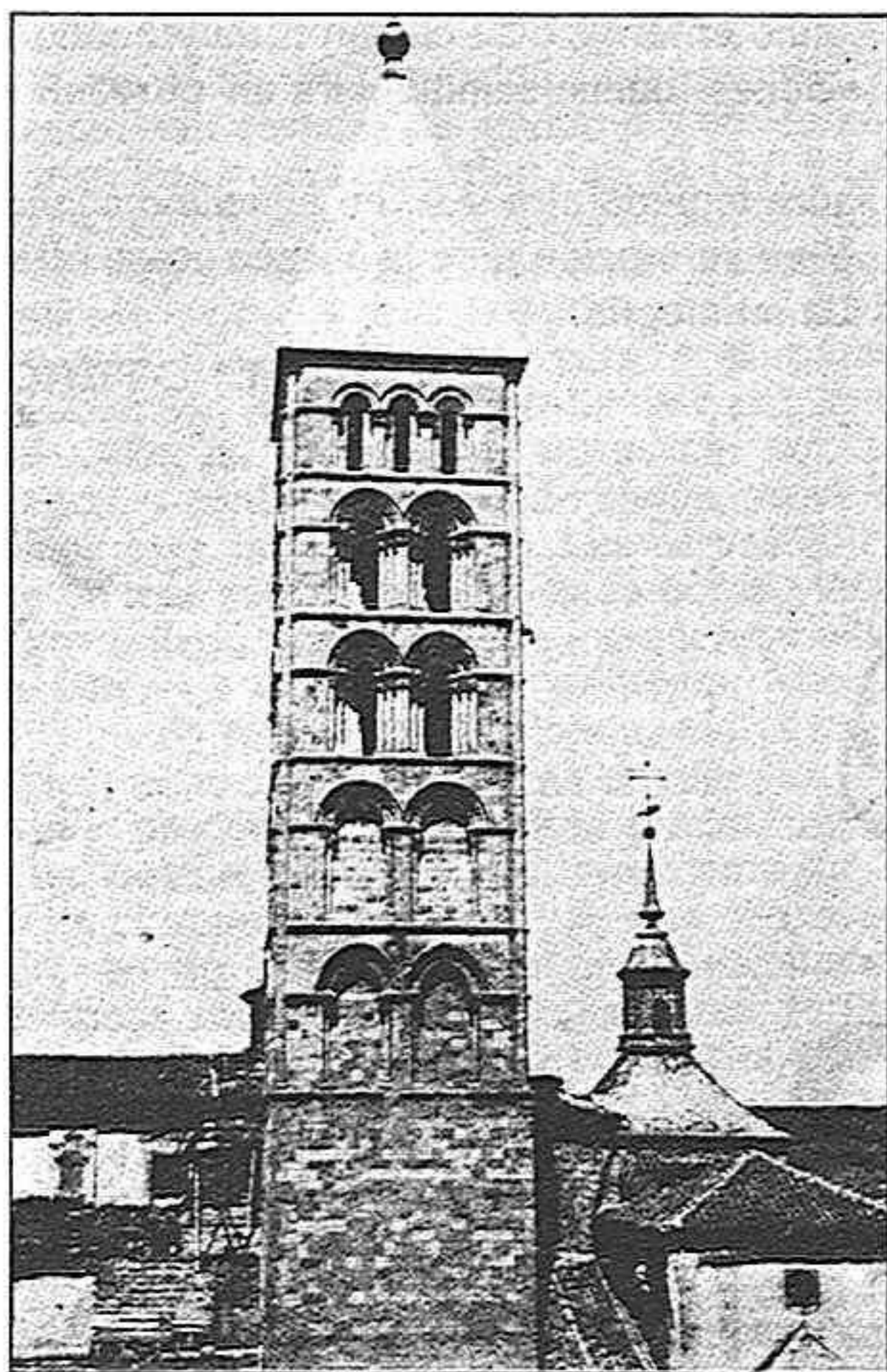
La torre de San Esteban

I.—La torre de San Esteban ha salido, por fin, de su jaula. Digamos con más exactitud: La jaula dejó al pájaro. Porque de puro aérea, ave delgada y esbelta es nuestra torre: como ibis sagrado, como cisne, también. Y ya, posesos de la imagen, prendamos la sarta de las comparaciones: Espiga de oro, vara de nardos, llama de puro sol, sagita, pica, esquema de luz y línea, daga florentina alerta contra el azul, y aspiración, y tránsito, y plegaria... Todo ésto es y mucho más, con ser ya tanto.

II.—Libre y desnuda, la tez ambarina transparentando una ilusión de carnes morenas. (Virgen y mártir.) Parece nueva, de tan pulcra como se muestra, y está, sin embargo, culotada por el humo de los siglos—otra vez y para siempre.

III.—Vibra, si el viento roza sus aristas; canta, bajo el sol de los días buenos; reza, en las noches consteladas. ¡Oh, torre bonita de la plaza de San Esteban! Frente al palacio episcopal, atisba a la otra torre, su hermana mayor; se miran ambas de hito en hito, y cambian salutations sus campanas. Y como todo es uno y lo mismo, a aquellas alturas, no se sabe en este momento si el sol es sonoro o luminosas las campanas. Para la emoción, tanto monta.

IV.—Hermana cigüeña: Sabemos tu pesar, cuando pasas de largo, en armonioso vuelo, sobre la torre de San Esteban. Jamás morarás en ella, porque en la punta de una lanza sólo pueden posar corazones traspasados o reflejos de estrellas palpitantes. Pero nos regocijamos, porque así el gallo futurista erguido en la copa de este chopo de piedra, podrá en paz y soledad clarinear amaneceres cuando amanezcan clarines en oriente.



La torre restaurada

Fot. Unturbe



Dibujo de Parcerisa

V.—Hagamos con prosa de fechas poesía de recuerdos. 1928, 27 de Abril: Fué izada, libre, definitiva la torre en la plaza de San Esteban. En este día se extinguió la condena de prisión a que estuvo condenada, por delito de altivez, tantos años: desde 1894 en que un rayo hirió al campanario, arruinándole.

En 1896 es declarada la torre monumento nacional. En 1901 se construye el andamiaje previo el desmonte necesario para la reconstrucción. 1903: Se empieza a desmontar la torre. 1907: Cuando se habían desmontado los tres cuerpos superiores y estaba al aire el andamio, un ciclón derriba la jaula de palitroques, derrumbando el románico atrio anejo a la torre. Empezada la reconstrucción, se paralizan las obras hasta 1915. Terminan en 1919, pero queda la torre prisionera en la cárcel del andamio, que la afea, la engorda, ata sus alas. 8 años más de prisión. Por fin, en 1927 se acuerda desmontar el andamio—siempre el andamio—y en 1928 se ordena terminantemente desmontar el terrible aparato. ¡Ya «la reina de las torres bizantinas» vuela sobre Segovia! Ya su gallo-veleta raya en el cielo—papel de tegráma—el cartel de la ciudad, a todos los vientos. 1894, 1928: Dos generaciones de segovianos pueden recordar *sus fechas* por las de la pasión y resurrección de la torre segoviana.

VI.—Pero ya está, y está bien. Bien está todo lo demás. No ha pasado nada, más que el tiempo, un poco de tiempo: sobre siete siglos nada son 34 años.

VII.—Parecerá falsa e imposible, pero digamos otra vez nuestra impresión: la torre nada ha perdido al ser restaurada, reconstruída; diremos, de una vez, que ha mejorado su belleza de origen: Es ahora más viva, parece del siglo XX sin haber dejado de ser del XIII.

VIII.—Desde la antena de la torre lanza la ciudad las ondas de su atracción: Venid, los de sensibilidad privilegiada. Volvéos, los de retina en serie.

PRELUDIO EN MI

No sé cómo puede vivir quien no lleve a flor de alma los recuerdos de su niñez.

M. de Unamuno

La buena señora ofreció por mi vida, en peligro al dar el salto difícil de la infancia a una adolescencia prematura, hacer conmigo una novena a la Patrona en su santuario. Y cuando el primer soplo de la primavera inyectó en mis venas nueva savia, aún débil y vacilante mi cuerpo, transformado en la crisis, todas las tardes me tomaba de la mano mi madre, y—ella descalza—bajábamos a la Fuencisla. Tras la devoción ante la Imagen; sentado bajo los álamos, magníficos en su renovación; oyendo el río saltar bajo el puente, comía una merienda preparada con cuidado maternal para vencer mi inapetencia de niño convaleciente y mimado. Y después, extasiado ante el regalo del manantial cuantioso, bebía agua de la Fuencisla. La fé de mi madre, abril, el río y los árboles, el venero santo de las Peñas Grajeras reconquistaban para mí lo que el invierno arrebató en mi organismo. Mi madre renovaba cada día su gratitud a la Virgen. Yo miraba, cada día, con más amor todas las cosas.

El noveno día de la peregrinación, un domingo, hubimos de adelantar nuestra visita. Hicimosla por la mañana, pues a la tarde la Virgen saldría de su casa, para mucho tiempo, quizá: El pueblo devoto de la Fuencisla sufría las angustias de años críticos para la patria; y necesitando más que nunca de la protección de su Abogada quería poder verla a todas las horas, quería poder recurrir en todo momento ante la Imagen en busca de

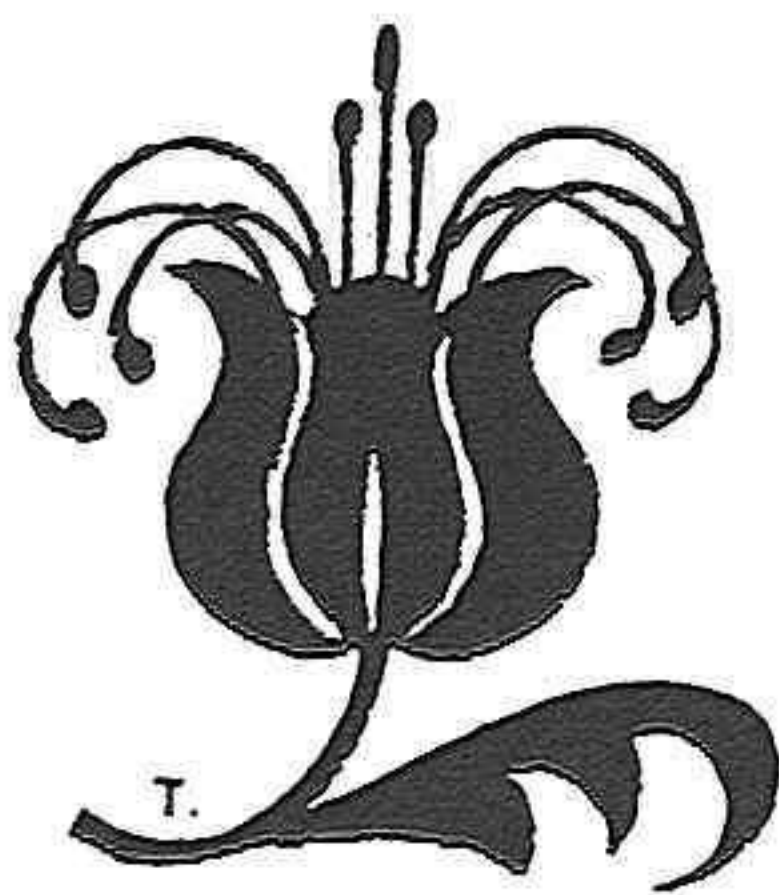
consuelo y defensa. En la tarde de aquel domingo se subió a la ciudad la Virgen). Ocho años permaneció en la Catedral).

Gris y tristón, frío, de retroceso al invierno cruel ya vencido, amaneció el día. Cuando, a media mañana, llegué con mi madre a la alameda del santuario una tristeza infinita, negación de toda promesa de esperanza, inundábalo todo: Qué silencioso el río. Qué opaco el verdor de los árboles. Del camino, qué polvo de muerte levantaba el vientecillo estremecedor. Tocaban las campanas. El agua de la Fuencisla, que siempre canta en los pilones su diamantina canción de alivio al caminante, lloraba entonces una dolorida letanía de imploraciones: Y sobre todo, qué tristeza en la voz de las campanas: Una tristeza de despedida: Las campanas—alegres campanas de santuario, siempre repicadoras, que no tienen que tocar a entierro—sonaban como si brazos perezosos golpearan sobre crespones que cubriesen los vientres de bronce.

Entonces, todavía no me hacían llorar estas cosas, todas las cosas. Y no lloré. Pero en mi imaginación excitada de niño enfermizo se clavaron muy hondo aquellas sensaciones, buena semilla para un porvenir sentimental.

Mi madre temería otra vez, en aquella mañana, por mi vida. Y en su oración ante la Virgen acaso ofreciese por mi vida mi alegría.

JULIAN M.^o OTERO



“Carteles,” de Segovia

El Acueducto, por Waldo Frank

El sentido estético de España es social, instintivo, inconsciente. Las obras maestras del arte se alzan aquí como actos aislados de la vida complicada. Entre estas obras de arte está la ciudad, y ninguna más perfecta que las antiguas ciudades que brotan de las rocas en el desierto de Castilla.

Elegid bien el día para visitar estas obras comunales de España. Salamanca necesita sol: sus piedras cálidas y doradas hablan graciosamente en un cielo azul. El Escorial está mejor bajo la lluvia; sus muros grises huyen del azul y del oro de los días españoles, pero bajo la cabalgata de las nubes rotas, brillan como fuego petrificado. Segovia canta más claramente cuando el viento empuja los enormes ejércitos de nubes desde la sierra, para vestir la desnuda arquitectura del castillo. El sol hace repentinas salidas sobre la Catedral y se oculta de nuevo, como el arrepentimiento después de la violencia.

Castilla, aquí, es un caos de montañas y desierto. Se ve el Guadarrama escarpado sobre la antigua ciudad. El desierto salta y se hunde en una cacofonía de planos. En todo el resto de España es primavera, pero Segovia, en Abril, vive en continua borrasca. Las montañas están aún vestidas del invierno y en las hondonadas, almendros y cerezos están aún en flor, forman pequeños surcos de niebla, perfumados sobre los áridos bancales. Sopla un viento huracanado y súbitamente se cambian los cielos. Nubes titánicas vuelan de pico en pico; el sol brilla un momento entre la púrpura oscura y los diamantes fundidos de la lluvia centellean a través del valle, en las oblicuas saetas del sol. Todo se desvanece, y canta un grupo de olmos, ya verdes, ya amarillos, bajo la bóveda gris. Las curvas colinas son olas de un mar borrascoso empujado por el viento.

Segovia llena la altura de una gran roca tallada como un barco en esta tierra de tormenta. Abajo, a uno de los lados de este barco, el Eresma vierte sus nieves derretidas; al otro lado se levanta el valle, un suelo de púrpura y bronce, de rocas salvía y azul. Se levanta hacia un pueblo que yace allá lejos como un barquichuelo en el lomo de una ola..., se alza de nuevo hacia el cielo, donde desfilan las nubes precipitadamente. Las antiguas murallas de Segovia están fortificadas, cortadas por torres y puertas, y coronadas con los cubos redondos que trajeron a España los romanos. Las murallas circundan la roca escarpada que sostiene un parque, y el Alcázar, el acostumbrado montón de torres teseladas que dió a Castilla su nombre.

Este es un cabo de la ciudad. Desde aquí la roca sube hacia el centro y las casas se apiñan confusamente. Una iglesia románica y una torre feudal se levantan en el pétreo tumulto, como dos capitanes. En la entraña de la ciudad está la catedral. Su interior es intrincado y frío, pero en el conjunto de la ciudad es perfecta. Desde lejos se la ve como el anhelo de Segovia que se alza para salir a su encuentro. A la derecha, el Alcázar,

está solo, mirando al desierto de la meseta; solo sobre el río y la roca, como un señor de la ciudad. Pero ahora las calles suben en una sola aspiración: la Catedral, que con la base perdida entre las calles, sólo ofrece libres y claras las torres macizas y la cresta de la nave gigantesca. La Catedral es un barco en el mar de la ciudad, como la ciudad es un barco en el mar de las colinas.

Desde la Catedral hasta el Alcázar, la ciudad cae de nuevo en un descenso irregular. En Segovia no hay ritmo métrico sino para la mente que está fuera de ella. A distancia se ve la vasta cuenca del Guadarrama; sobre la marea de césped y de roca, la ciudad avanzando como una fragata, y en la ciudad, esta subida regular de las calles hacia la Catedral. Pero cada una de estas unidades es un caos. La meseta es una intrincada estructura de alcores, de pueblecitos, de alquerías y cañadas, dulcificada de vez en vez por la presencia de las huertas. La ola misma sobre la que marcha Segovia, es una cresta rota que se yergue y se abate. Para ganar cien pasos horizontalmente, el viajero tiene que subir y bajar deslizándose por callejas, ascendiendo por graderías que le conducen a una plaza escondida donde una vieja iglesia despliega las alas de su claustro románico, o a un palacio que alza sus muros estriados sobre el enjambre plebeyo de las casas.

Poco a poco, penosamente, el viajero camina hasta el otro lado de la ciudad, hasta el acueducto romano que se alza inmemorial y puro sobre la Plaza del Azoquejo. Este nombre recuerda los soukhs y los bazares del Islam. En sus sórdidas tabernas, aún está Roma.

El caos de Segovia desaparece y la ciudad se convierte ahora en un drama severo. Como la ciudad se eriza sobre las montañas, así se amotinó en ella, un día, la pasión. Aquí vivió Juan Bravo, el capitán de los comuneros que en trágico presentimiento de derrota, se alzó en España para oponerse al austriaco Karl, que fué después el emperador Carlos V. Aquí vivieron aquellos tercios villanos que cerraron sus puertas a la reina Isabel. Segovia es tosca, áspera, anárquica, pero el arte inconsciente de España, la ha hecho perfecta, tejiendo los elementos de su voluntad rebelde en un equilibrio viviente.

Tal es la labor del acueducto romano. Hace dos mil años el imperio lo edificó para conducir agua desde Fuenfría hasta un depósito no lejos de La Granja. La distancia era grande y el acueducto tuvo que ser largo. En su concepción no se mezclaron ideales y símbolos. El romano práctico y confiado no pensó en milagros; pero el hombre de Segovia, apasionado, buscó el prodigio en otra parte. Y el milagro nace del consciente maridaje de estas dos voluntades.

El acueducto romano y la ciudad se complementan y crean un ejemplo más de la compleja unidad de España. La plaza es un hervidero de asnos que rebuznan, de omnibus enlodados, de vendedores de lotería, de

mendigos, de bebedores. Sobre la plaza cruza la doble fila de arcos, son grandes bloques de granito que se juntan sin grapas ni cemento en encumbradas curvas. Más arriba, a cientos de pies de altura, tangente con los arcos, la ruta horizontal de la piedra. Hasta ella gatea la ciudad sobre una tosca y gigante escalinata, y al llegar a la cima se convierte en un manojo de casas minúsculas. El puente se achica ahora y desaparece en el muro de un convento. El macizo granítico de un atrio cobija un patio donde hay una bomba de agua, una parral, gansos... Y una muchacha que tiende un vestido rojo sobre las ramas de una encina. Sobre la otra eminencia de la Plaza del Azoguejo, los arcos suben menos escarpados porque allí la ciudad asciende gradualmente. Las frías piedras de Roma van cada vez más cerca de las calles de España, cantando frente a las tabernas sórdidas, casi rozando una escuela lóbrega como la muerte, y rodeando una plaza donde los muchachos juegan a la pelota. Roma es ahora una música estólida que marcha en una sola fila, tuerce en ángulo recto y

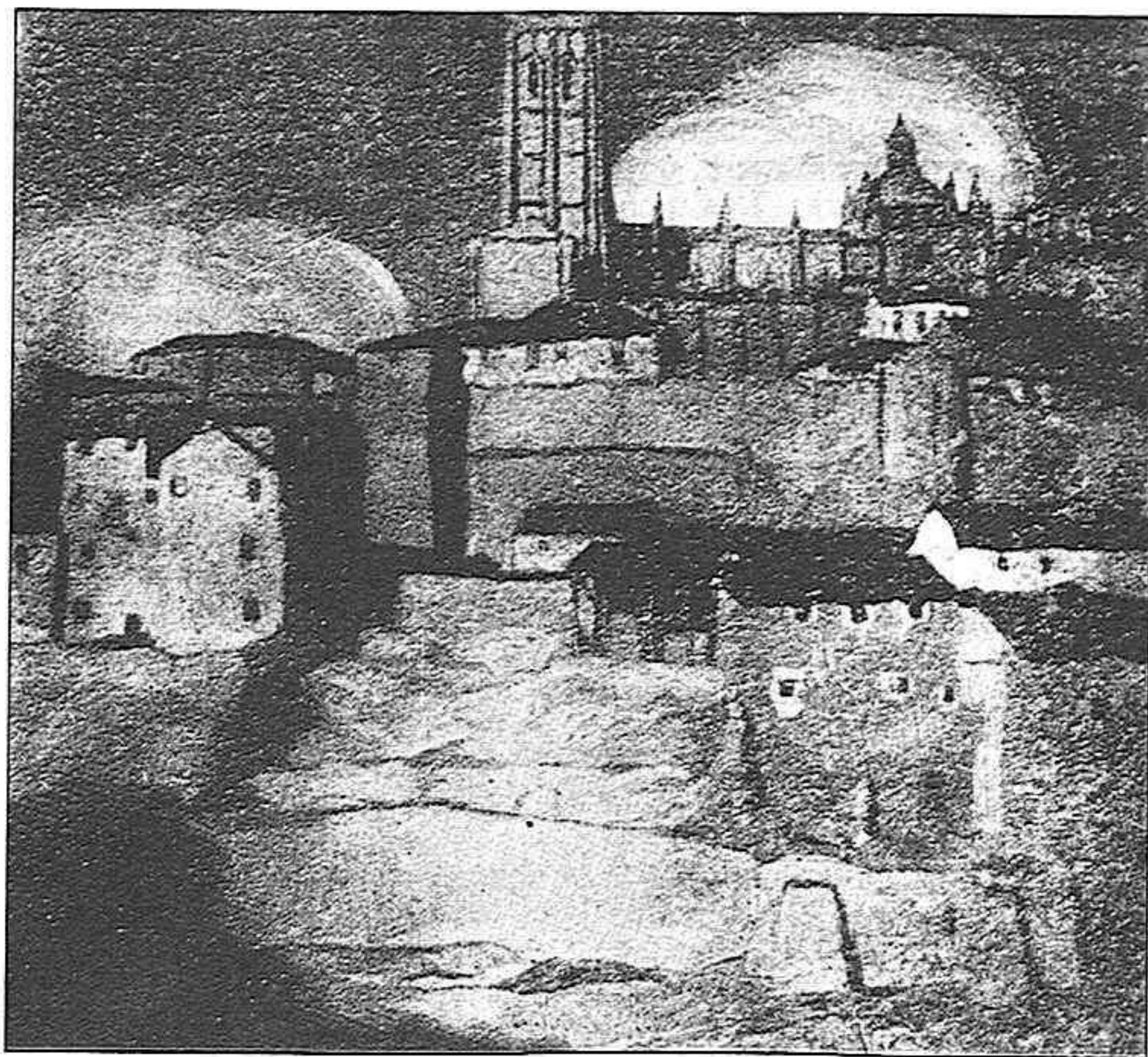
corre a lo largo de una calle de tiendecillas miserables. Una bodega abre su grosera fragancia al paso de las piedras romanas. Pellejos repletos de vino se tumban como cadáveres inflados, a la sombra de este desfile de Roma. La ciudad queda atrás. La masa diligente de los arcos se mueve igual que un ejército avasallador en la tierra que se alza hacia La Granja.

El acueducto de Roma es la vida más nueva de Segovia. Sus piedras son inmensas, pero su gracia es alada. Sus arcos y sus galerías son un canto ordenado... El equilibrio de estos arcos pragmáticos es horaciano. Pero las montañas de Castilla son viejas y el suelo estéril de Castilla, exhausto de margas, es viejo. Segovia es vieja. Es un derrame de energía, un efluvio caótico, y nace a la vida, firme y amplia, dentro de esta medida de la fría voluntad de Roma.

Del libro «Virgin Spain»

Edición castellana de «Revista de Occidente»

“Segovia,”



Ignacio Zuloaga

Pedraza de la Sierra

por Francisco Javier Cabello y Dodero



A través de los siglos, muchas villas segovianas han detenido su marcha y hoy se nos presentan fosilizadas, otras han evolucionado lentamente y no pocas han sucumbido en la lucha dura y tenaz con el tiempo.

El tipo más perfecto de petrificación corresponde a la villa de Pedraza de la Sierra, pudiendo decirse que su estructura cristalizó en bellos caserones de los siglos XVI y XVII.

Penetremos en Pedraza por el Arco de la Villa, única puerta que se abre en sus murallas, en el frente de la cual hay grabada esta inscripción: «Don Íñigo Fernández de Velasco, quinto Condestable de la Casa de los Velasco, año 1561». Y en la parte posterior de dicha puerta, hay esta otra: «Se hizo a costa de la Villa y Tierra, año 1577».

El escudo de los Velasco, como ostentación de señorío, acompaña a esta última inscripción que demuestra, una vez más, la soberanía económica que siempre han ejercido sobre los pueblos comuneros, quizá desde tiempos muy antiguos, las villas cabeza de los mismos.

Sólo quedan hoy en Pedraza calles solitarias de señorial empaque, blasonadas mansiones abandonadas, ruinas evocadoras y una olma legendaria que con su ancha copa da sombra a la plaza del Ganado, en tanto que sus largas raíces han penetrado silenciosas en la iglesia, bajo sus cimientos, sin que pueda precisarse si amorosas se abrazan a un altar, o si, por el contrario, en un satánico alarde de su fuerza amenazan derribarlo.

Dejemos atrás el Arco de la Villa, en el que aún se conservan repulsivos instrumentos de tormento, de la vieja cárcel y subiendo la empinada cuesta de la calle Real podemos contemplar un gracioso balcón de ángulo del siglo XVI, llamado vulgarmente de Pilatos. Magnífica es la portada adintelada, recuadrada con alfiz, del palacio de Aguilar; de sobria belleza el de Mexía Bernaldo de Quirós y muy típicas las modestas casas con voladizos de madera.

La Plaza es quizá la más interesante de la provincia de Segovia. En su ala Norte todas las casas tienen soportales apeados sobre columnas renacentes, con zapatas de piedra sobre los capiteles, y en ellas grabadas diversas fechas comprendidas entre 1563 y 1697.

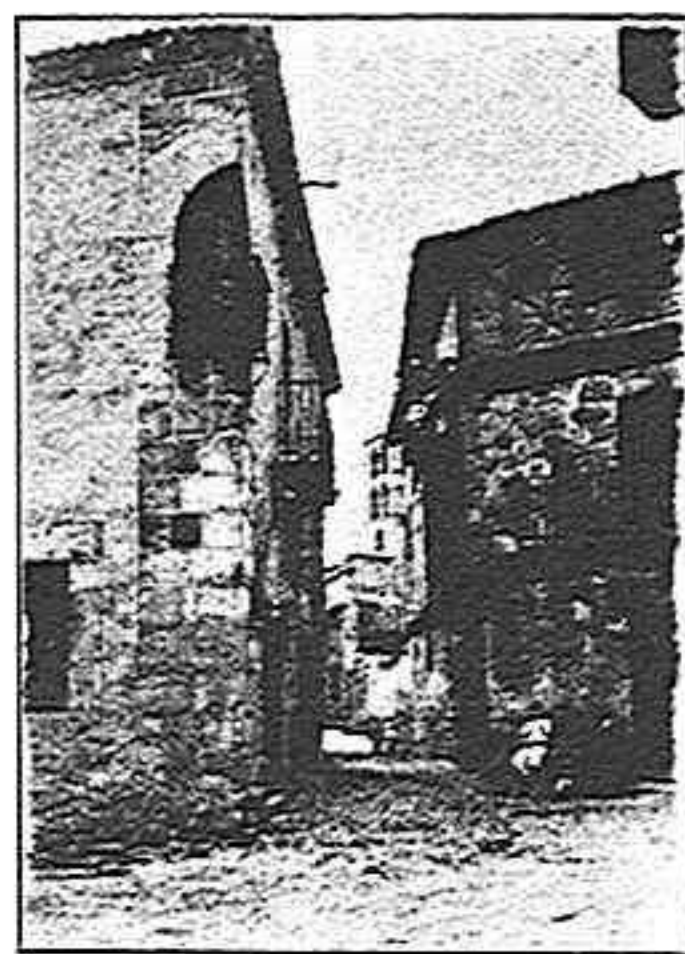
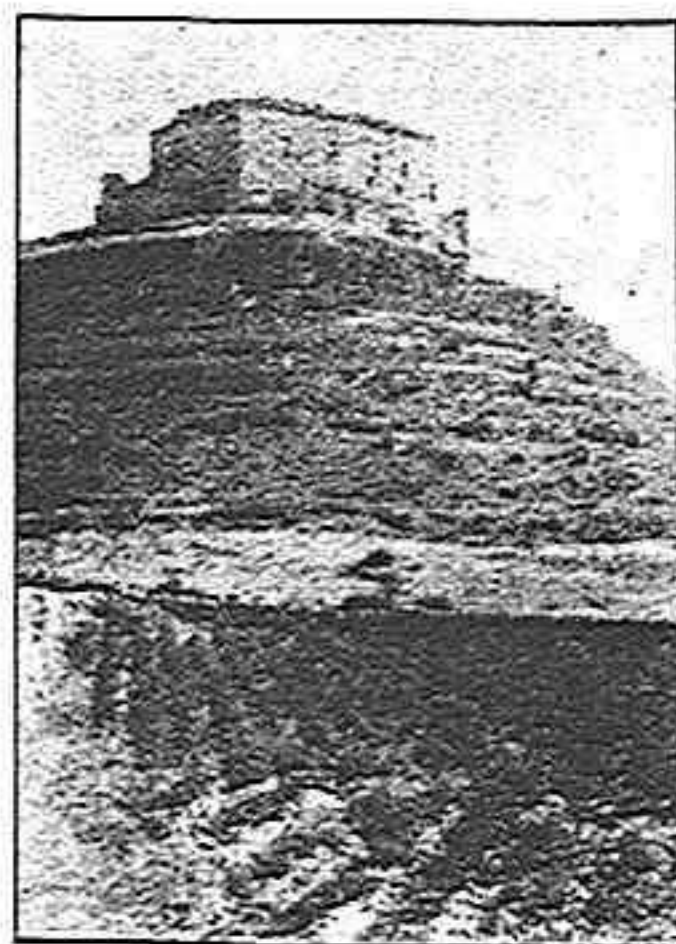
Al Este, la casa del Marqués de la Floresta y otras de pintoresco conjunto, también con soportales que apoyan sobre columnas de graciosas siluetas, y que armonizan, por contraste, con la sobriedad del Ayuntamiento y la Casa de la Villa y Tierra, edificadas en 1627.

Ocupa el lado Sur la iglesia con su bella torre románica de tres cuerpos, al pie de la cual se abre un curioso balcón a modo de tribuna para contemplar los festejos populares, hecho, según reza la inscripción, por Juan Pérez de la Torre y Zúñiga, caballero de Santiago.

Y cierran tan bella plaza, por el lado que mira a Occidente, una amplia casa con tres balcones, blasonada con los escudos de

Ladrón de Guevara, Silva y Herrera y otra del tipo de puerta adintelada con alfiz y escudo.

Sigamos por la calle Mayor, lamentando la ruina de sus bellas y típicas casitas y llegaremos a la plaza del Castillo. A su derecha está la derruida iglesia de Santa María, con ábside románico de arcos fajones apuntados, y en la parte baja de su fachada lateral una curiosa arquería ciega de ladrillo con arcos de herradura; a la izquierda, unas humildes casas, en una de las cuales se conservan desmontadas las puertas del castillo, erizadas de puntiagudos clavos; y al fondo, se ofrece a nuestra vista el magnífico espectáculo del castillo, ante cuya puerta supone Alonso de Palencia que se desarrolló una sangrienta traición, que atribuye sin rebozo a Enrique IV y que quizá no sea más que una leyenda caballeresca del siglo XV. Pero sea lo que fuere, la arquitectura de la actual portada parece más moderna y



en su escudo se lee el nombre del cuarto Condestable, don Pedro, que ocupó tan alto puesto a mediados del siglo XVI.

El castillo de Pedraza, roquero por su emplazamiento y altivo por su señorío, se encuentra en la actualidad en un lamentable estado de ruina y abandono. Entre la gótica arquitectura de sus fábricas aún perduran algunos elementos románicos, y a través de las múltiples restauraciones se adivinan, en algunas partes de su construcción, restos de palacio, cuyo origen puede atribuirse al deseo de dar más noble aposento a los príncipes Francisco y Enrique de Valois, durante los cuatro años (de 1526 a 1530) que estuvieron prisioneros en Pedraza, en rescate de su padre Francisco I, Rey de Francia.

La vida militar del castillo de Pedraza tuvo un breve resurgimiento en el siglo XVI, durante el patriótico levantamiento de las Comunidades de Castilla, distinguiéndose por la valiosa ayuda que en hombres y pertrechos hábilmente prestó al Alcázar de Segovia el Condestable Duque de Frías, Señor de Pedraza, nombrado Virrey además del Cardenal Adriano y del Almirante don Fadrique Enriquez de Cabrera. Exaltados los Comuneros por tales actos decidieron arrasar el castillo de Pedraza, pero temerosos de distraer fuerzas a más de cinco leguas de Segovia desistieron prudentemente de tan arriesgada empresa.

Terminadas estas postreras luchas, los castillos segovianos no tienen razón de ser como tales castillos, y al haber terminado su función natural, han sucumbido, por ley inflexible de morfología arquitectónica.

Fotos. Unturbe

Al castillo de Pedraza le ha correspondido no obstante la suerte, por excepción, de haber sido adquirido recientemente por el insigne pintor Ignacio Zuloaga, y así, el roquero castillo, señorío de nobles condestables y prisión de príncipes, se transformará en mansión de artistas y atalaya del arte segoviano.

En las murallas de Pedraza hay algunas piedras labradas de interés para el arqueólogo, y en sus cuevas se han encontrado en 1874 por los señores Areitio y Quiroga, en una brecha huesosa, molares, vértebras, társos y cúbitos de antilope, que se reducían a polvo, y sólo pudieron conservarse algunos gracias a repetidos baños de alumbre y cola, habiendo sido barnizados después con silicato de sosa. Y el señor Prado recogió en 1853, en una de estas cavernas, una mandíbula casi completa de hiena, especie desaparecida de España hace mucho tiempo.

También se han encontrado trozos de cerámica y huesos humanos cuya antigüedad es dudosa; pero estas cuevas de Pedraza, si bien no han sido minuciosamente reconocidas, han ofrecido interés a los hombres de ciencia desde antiguo.

Hay la tradición de que nació en Pedraza la madre de Trajano y añaden que se llamó Aureliana y que de ella tomó nombre el lugar de Orejana, y algunos hasta llegaron a disputar a Itálica la cuna de dicho Emperador.

El ambiente singularísimo y peculiar de esta villa, que bien merece se la declare «intangible», deja siempre un recuerdo grato y perdurable en el viajero que la visita.

F. J. CABELLO Y DODERO



Hoja de versos

Eduardo de Ontañón
**Canción para
la molinera**

*¡Ay, molinera
dale a la rueda
con aire que muele!
(Canción pop. burgalesa)*

Molinera, abre el molino
que la mañana ha venido
¡Ay, molinera
dale a la rueda
con aire que muele!

Dale con aire a la rueda
que la mañana no sabe
moverse de su ladera

¡Trenza río, hila mañana,
muele la noche que queda!

Molinera,
pon en marcha tu molino
que la mañana ha venido
¡Ay, molinera
dale a la rueda
con aire que muele!

Pasa la hoja del día,
ábrele al sol las ventanas
que en los cristales repica

Molinera,
el río te está esperando
con sus collares de sol
y su barquito parado

*¡Ay, molinera
dale a la rueda
con aire que muele!*

Molinera,
pon en marcha tu molino
aunque rompa las amarras
y se escape por el río

José M.^a Alfaro
**De un
Cancionero del
Campóo**

Romería

I

Por el camino que va
a la cruz de Cabezuela
¿qué dulzaina sonará?

II

¿Qué viento lleva prendido,
en sus alas, los olores
del camino?

III

Moza que vas a bailar
en la rueda de colores:
quiero aprender tu compás.

IV

El dulzainero te espera,
loca de tu voz su música
y su gresca.

V

Un pandero
oculto bajo las ropas,
en el cuébanco,
y en las rosas de los ojos
todo lo oscuro del cielo
y todo el claror del pozo.

VI

En los céspedes del río
moza y mozo, mozo y moza
se han perdido.

VII

...Hay un árbol y una fuente,
y todo el que tiene sed
bajo del árbol se tiende.

Francisco Martín y Gómez
**Dos
canciones**

1

¡Si yo alcanzara la luna
con mi barquito de cielo!...

Ganaría el mejor premio
de todos los marineros.

Con una cinta de seda
—bandera de mi velero—
una estrella pensativa
prenderían en mi pecho.

Y un decreto
nombraría a mi barquita
capitana de los vientos.

2

Si tú quisieras bordarme
mi gorra de marinero,
no para la mar,
sí para los cielos.

¡Qué alegría!

Tus manos las blancas velas.
¡Toda la marinería
llevándote por bandera!

¡Qué alegría!

Las sirenas de los barcos
—amor—te saludarían.

Y desde el puente de mando
—¡Qué alegría!—
pondríamos nombres nuevos
a todas las estrellitas.

Juan González del Valle

Villanesca Aire de muñeira

Cumbres azuladas. Cielo plata y ro-
Un pino lejano en el horizon-
Un pino violeta soñado de oca-
Con un lucerillo florido en la co-

Vuelan las alondras sobre los maiza-
Un aire delgado les cierne la co-
El terrón se esponja de un olor salo-
que la brisa acerca de una mar remo-

Un molino ciego de molienda. Tie-
una vid sin zumos por visera. Tie-
un cerezo pobre de fruto. Y un mir-
por un ventanuco se asoma a la ausen-

Por entre mimbrales y fresnos va el a-
Un prado con trébol y lirios tardí-
La vaca bermeja y el zagal que año-
Con honda de silbos luceros perdi-

Aromas de mentas y de mejora-
Asoma la luna su cara redon-
Tras una colina rosada de bre-
¡El sapo que canta y la estrella que llo-

Mariano Quintanilla

Soldado de plomo

Con tus soldados de plomo,
haciendo de general,
finges combates guerreros.
Gozosa tu mano va
colocando los muñecos,
como un bravo capitán.
En formación los alineas
con un empaque marcial.
Después, en la lucha, todos
cayendo vencidos van.
Y tú concluyes tu juego
con una risa triunfal.

No crezcas, porque de hombre
a la lid te llevarán
¿Y por qué? No lo preguntes,
que es delito preguntar.
Con invisibles cadenas
tu goce sujetarán.
Eres soldado de plomo
y contigo jugarán,
y en una lucha sin causa,
como un muñeco, caerás.

M. Alvarez Cerón

Romance de ciego

Cosecha para mis ojos
soles en el firmamento
y en el fondo de los mares
imágenes de luceros;

todos los faros del mundo,
todos los rayos del cielo,
¡y no veré todavía,
alma mía!...

Soy ciego.

Son las agudas cigarras
estrellas en el silencio
y matices de colores,
contactos de terciopelos.

Lo que no logran mis ojos
pueden mi oído y mis dedos.

¡Sin verte, yo te vería,
alma mía!...

Soy ciego.

¿Una ilusión de mirada
pondrás en mis ojos hueros?
Con esta mirada ausente
ni te miro ni te veo;

con esta mirada hueca
te adivino y te interpreto.
¡Eres en mi noche el día,
alma mía!...
Soy ciego.

Si quieres que yo te vea
dame tu grito y tus besos,
las chispas de tus contactos
y las masas de tu cuerpo.

Lo que no logran mis ojos
pueden mi oído y mis dedos.

¡Ay! ¡Así yo te vería,
alma mía!...

Quiero ser ciego.

Hoja de versos

A z o r í n

Perfil

Estamos por los años de 1897, 1898, 1899. De vez en vez aparecen unos folletos, impresos con pulcritud—algunos de los cuales llevan la firma de Fernando Fé al pié, como librero—y que causan algún revuelo entre la gente de letras. Los escribe un joven levantino. No son estos folletos las primeras cuartillas que escribe este joven levantino. Desde su tierra alicantina ha escrito ya bastante. Ha colaborado en «El País», estancia que rememora melancólicamente en «La Voluntad». Es este joven alto y delgado. Lleva un macferland y un sombrero de copa. Lleva también un paraguas colorado. Sostenido por el arco de la ceja, cuelga un monocle, con una gruesa cinta negra. Sancha, más tarde, estilizará esta figura...

Esas buenas campanas...

Muchas veces he visto a Azorín—melancólico, ya desposeído de su monocle y de su macferland—que pasaba por la calle del Carmen. Azorín, melancólico, miraba a unas ventanas. Desde aquellas ventanas Azorín pretérito ha visto caer la lluvia, ha oído el tintineo de unas buenas campanas que no le dejaban dormir. En el cuartito a que dan luz esas ventanas Azorín ha recibido la visita de Sarrió. Sarrió es un buen amigo. ¿Qué hará ahora Sarrió? ¿Habrá ido a Botín? Y Pepita, querido maestro, ¿qué hará ahora? ¿Habrá envejecido junto a ese mar latino? ¿Seguirá pensando en un muchacho alto, rubio, vestido de negro, que escribe unos artículos terribles? Sin embargo, Azorín, esas buenas campanas siguen sonando. Yo las he oído muchas veces después...

Levante

¿Cómo es Levante? ¿Cómo es este mar latino a orillas del cual Guyan escribió sus páginas más profundas? ¿Cómo ha visto Azorín, con sus parados ojos de estatua clásica, este mar adormecido por la historia de tantos siglos? Azorín lo recuerda desde la estrecha celda de un colegio en el que pasan las horas lentas, interminables, en el que hay un padre Lasalde, que pasa la mano, suavemente, sobre la cabeza de este niño melancólico, en que hay otro padre que porque el niño no sabe su lección le dice: —Esta tarde cuando baje usted al comedor me dejará usted la merienda. En que hay unas verduras lujuriantes que han callado las rebeldías de este niño, en que hay un cielo que han hecho melancólicos, eternamente melancólicos, los ojos de estatua antigua de este niño. ¿Cómo es Levante, Azorín, cómo es Levante? Levante es parado. El cielo es añil. Se destacan netas, escuetas, algunas palmeras. Sin embargo, la melancolía se filtra por esta atmósfera nítida. De vez en vez llega un barco con unos hombres rubios, que hablan un idioma gutural. Azorín los ha visto. En uno de ellos decía:—*C. H. Broberg-Cjobenhun*. En sus ojos azules había un poco más de melancolía...

Más allá de las Fronteras...

Más allá de las Fronteras, maestro, con iguales inquietudes y con igual disposición para el dolor, hay hombres que sienten igualmente los problemas de la hora presente. Esos ojos de estatua antigua no son tal

vez los más apropiado para ver los acontecimientos del mundo moderno. El mundo moderno, el mundo de origen germánico, es un hecho. Y desconocerlo es, maestro, tan inconsciente como todo desconocimiento. El criterio de la belleza no es el único criterio. Y sonreír de todo inteligentemente no es inteligente. La hora de ahora, la hora de este momento es la hora de la Eternidad. En las academias suele sonar una hora pasada. Y el sentido de la línea pura es un sentido que no ha existido tal vez nunca. En este momento Joyce—goticista consumado—es un clásico. Y Shaw con sus cabriolas se eleva por encima de Aristófanes. El escepticismo es un arma que no nos sirve, y por demasiado usada suele encontrarse ya entre algunos aldeanos. La fé, maestro, es también inteligente, y es también una fuerza. Hay hombres, se llamen Johnson—o se llamen como quiera—que tienen más correspondencia con nuestras inquietudes que el vecino de al lado...

Crucero

Hombres venidos del Norte, músicos de la melódica línea germánica, con disposición para los problemas trascendentes, en la hora del meridiano nos hemos encontrado. Las ingravidas agujas catedralicias encuentran su sustento y su apoyo en la línea y en el ángulo. Las escuetas líneas del clasicismo sirven de sustentáculo a la inquieta, embriagadora movilidad de la línea germánica. Y la repasan. El espíritu trascendente halla su aquietamiento en la sabiduría antigua. Le ha añadido una nueva dimensión—la dimensión del dolor. La sonrisa es ahora reflexiva, meditativa. Y todo asciende en un armónico conjunto hacia la Eternidad. Maestro: En este momento y en este lugar, puesto que algo inmanente lo ha querido, debemos hacer nuestra labor. El tiempo apremia, y este momento ya no será. La repetición no es un mal. Y la línea pura tampoco lo es. La línea que asciende, trascendente, retorcida, necesita un sustentáculo—la quietud. Por última vez—Maestro—muchos jóvenes recuerdan con melancolía sus líneas primeras. Adios.

JAIME IBARRA



Ornamentaciones de Tejero

Viejo en banco, sentado

Las hojas buscan pies sin encontrarlos al viento tan suave que baila vales antiguos a las hojas.

(Tra... tra la la rá... tra lal lal la-lal lal la-la rá...)

Y esto adormece más a la piedra del banco, que toma ternura de almohada.

No hay más irrupción en el paseo que un niño con su balón.

Este estímulo es insuficiente por su duración y por su intensidad.

Los tranvías zumban con la dulzura del viento y levantan nostalgias de remotos trenes viajes, mecedoras, tosecillas, vasos de leche, siesta... siesta...

Toda la conciencia se le concentra en esta fugaz periferia, periferia caricia, delicia, minuto, felicidad, sueño.

Viento, tranvía, siesta.

Son las cuatro de la tarde. A las cuatro y dos minutos va a llegar la primera representación de fatiga. Y se enhebrará la hebra—ahora rota—del discontinuo rosario de todos los días: vida-muerte, muerte-vida, vida-muerte, muerte-vida, vida-muerte.

Pero son las cuatro y faltan dos minutos para las cuatro y dos minutos.

Las hojas bailan vales de niñez.

(Tra... tra la la rá...)

Y la piedra tiene laxitud fresca y tierna de almohada.

Y hay una soledad inmóvil en el aire.

Y los tranvías, leche, mecedoras, trenes, leves pasiones, tosecillas, dulzura, fiesta y siesta, siesta...

Ojos como estanques dormidos al cielo.

Bastón como árbol desnudo.

Sólo sus manos, taquicárdicas, tiemblan sin saber que tiemblan, sujetando el bastón.

Como si el bastón: ninfa inefable—claro en el fin del bosque—y desnuda, de las cuatro en punto.

Camión, en subconsciencia de urbe

La ciudad está en paz, con todos (media tarde).

Ruedan los coches con *handicap* de atardecer. Ganando por medio cuello las metas, antes de fracasar crepúsculo y encender faros. Los coches, ojos abiertos, sin gafas, todavía, eléctricas.

Ruedan pupilas de taxis vacíos en espirales concéntricas, chupando prisas transeúntes. (Las miradas de los taxis vacíos sobre la muchedumbre, espejos de calzandras y voceos de vendedores de ambulancias.)

¿Una estrella?

Suburbio. Tren: lejos: ¿dónde? Conglomerados inútiles de almas sobre las aceras anchas, almas color mahón y humo. Olor de lubricante.

Y pasan los camiones. Ese camión.

...

Los obreros, embanastados en su cima; jornada (ocho horas) finita. En silencio.

¿Carroza de Carnaval? Color mahón y humo. Olor, grasa quemada.

Racimos de vagas huestes sobre lomos metálicos de ese paquidermo (amenazador) y gris.

Pasan los camiones. Ese camión. Pero no pasa nada.

¡Ah, sí! Instantáneo (leve) espanto de toda la ciudad: de pronto.

(Camión en imagen desdoblada. Una imagen desdoblada por el subconsciente de la urbe.)

.....
Blindaje. Disparos. Perspectiva Newsky. Impactos sobre el motor hirviendo. Frenesí. Desolación. Plazas muertas. Sacos y cuerpos. Manchas de aceite y sangre. Faces mahón. Faces de humo. Ojos y reivindicaciones. Grasa quemada. Corneta en el aire. Ametralladoras en la bocacalle. (Ocho cilindros en marcha.) Policia. Caballos.

.....
¡Este leve frío—de pronto—por las calles de la ciudad!

Como si un presagio perforara su alma fugazmente.

Pero la ciudad en paz con todos. Pasan los camiones. Ese camión.

Con su granulación proletaria a horcajadas, en silencio.

Valores en madrugada. Bosco

Biombos—no por ser biombos—sino por ser ángeles de sueño.

Biombos—no por ser biombos—sino por su flora hipnótica, su microvida abstrusa y sus esquemas sin lógica.

Y pintores de biombo, pintores de taberna, pintores de flores, pintores de peces, pintores de aleluyas y pintores de pescados.

El Bosco. (La moral en sueños). Sueños de lacéridos y mariposas. Abejas, cabelleras, mármol, putrefacción, fuego, medusas, sombras, larvas, sonambulía, falsas luces, falos, vientres, sexos rotos, valvas, olor inmundo a cerumen, letrinas, infierno, súcubos, carretas de peste, pesadilla y geometría, ¿genio?

¿Quién me contrata?—usted, Quevedo?—un *Resurrexit* del Bosco, pintor de eternos biombos?

E. GIMENEZ CABALLERO

